

LA MADRE DE DIOS
MADRE DE LOS HOMBRES

Ó EXPLICACIÓN

DEL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

AL PIE DE LA CRUZ

POR EL

R. P. J. VENTURA DE RÁULICA

antiguo General de los Teatinos, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos,
y Examinador de los Obispos y Clero Romano

OBRA TRADUCIDA POR EL PRESBITERO

DON ILDEFONSO J. NIETO

Doctor en sagrada Teología y en Jurisprudencia,
Capellan de honor honorario y predicador de S. M., dignidad de Chantre
de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, etc.



QUINTA EDICION



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

MADRID
LIBRERIA DE LEOCADIO LOPEZ
CALLE DEL CARMEN, 13.

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

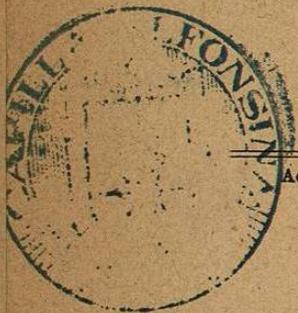
45155

BT 599

R3

1894

ES PROPIEDAD



FONDO DE ESTUDIOS
VALVERDE Y TELLEZ

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.074.

PRÓLOGO

Es un sentimiento común y una creencia universal entre nosotros los católicos, que todos somos hijos de María, y que la Madre de Dios es igualmente Madre nuestra. Todos, en efecto, la consideramos, la confesamos y la invocamos bajo este título. De aquí nace la tierna devoción que le profesamos, el amor que le tenemos, el gozo que experimentamos cuando la alabamos, la dulce confianza y la seguridad con que recurrimos á Ella é imploramos su protección.

Mas este sentimiento tan vivo, tan tierno y tan universal respecto á María; este sentimiento, que la doctrina de los Padres, las decisiones de los Concilios y las prácticas de la Iglesia han confirmado, han acrecentado y propagado, pero que no han mandado ni inspirado; este sentimiento tan perpetuo y tan constante, que habiendo tenido su origen entre los cristianos en la cuna misma del Cristianismo, ha atravesado diez y ocho siglos de contradicciones y de pruebas de todo género, y sin perder nada de su primitivo vigor, se ha conservado puro hasta nosotros; este sentimiento, repito, no puede ser efecto de un juicio erróneo ni de una idea exagerada que los cristianos hubieran for-

003316

mado de los títulos de María, de sus cualidades, de sus privilegios, ó de su poder ante Dios y de su bondad para con los hombres. Debe, pues, ser efecto de esa especie de instinto maravilloso que guía al pueblo cristiano en sus sentimientos comunes, lo mismo que en sus creencias universales en materia de religión, y en sus prácticas, que son la expresión, la manifestación y la consecuencia de ellas. El debe tener una relación secreta, pero necesaria, con alguna verdad religiosa que le sirva de apoyo y de la que reciba su fuerza y su vida, como la planta recibe de una raíz oculta el jugo que la conserva y le hace producir sus frutos.

Pero es necesario confesarlo: el conocimiento de esa verdad religiosa no es tan claro ni tan común en los espíritus como el sentimiento de que hablamos lo es en los corazones. Todos creen, todos sienten que la Madre de Dios es también Madre de los hombres; pero son pocos los que pueden darse razón á sí mismos de este sentimiento y de esta creencia; son pocos los que comprenden las causas que dieron á María un título tan honorífico para Ella, y tan tierno, tan dulce y tan consolador para nosotros.

Existen, indudablemente, muchos libros de religión y de piedad muy apreciables, que enseñan á los fieles que la Santísima Virgen nos engendró en sus penas y nos dió á luz en sus dolores; que el misterio de nuestra descendencia de María, lo mismo que el de nuestra descendencia de Dios, se cumplió en el Calvario; pero no hay uno de cuantos han escrito acerca de los privilegios, las grandezas, los títulos de María y los méritos de su vida, que no tome en sentido figurado y profético aquel pasaje tan tierno del Evangelio, en el que el Salvador, moribundo, llegado ya al término de sus sufrimientos y de sus angustias, designó á María desde la Cruz por Madre de San Juan. No hay uno que no sostenga que en la persona de San Juan fuimos todos dados por hijos á María, y que Ella se hizo entonces nuestra verdadera Madre; pero no explican el modo con que el mismo pasaje del Evangelio que anuncia la mater-

nidad personal de María con relación á San Juan, puede contener también con la misma verdad el título de la maternidad de María con relación á nosotros. De modo que la idea que nos hace mirar á San Juan como representante de todos los cristianos, y á éstos como participantes de su adopción, es mirada por muchos como una idea ascética, como una piadosa interpretación y como una explicación feliz del texto sagrado, más bien que como una verdad teológica.

Cuando tratan de los dolores acerbos que María sufrió al pie de la Cruz, los consideran generalmente más bien como dolores que sufrió con paciencia, que como dolores deseados y queridos por Ella; más bien como el efecto de la dura necesidad que le imponía su cualidad de Madre de Jesucristo, que como el objeto de sus votos ardientes y de su libre elección. De este modo se hace incomprendible cómo María nos engendró verdaderamente en su martirio, y cómo nuestra descendencia con respecto á Ella se halla fundada en una razón positiva, en un título real.

Si consideramos después á María junto al patíbulo ignominioso y cruel de Jesucristo, sufriendo en su tierno corazón (y este es el sentimiento unánime de los Padres, todos los ultrajes y todos los tormentos que sufrió su Hijo en su delicado cuerpo, naturalmente nos inclinamos más bien á compadecerla que á concebir respecto á Ella sentimientos de una verdadera gratitud. La meditación de sus dolores es más bien el homenaje de una estéril compasión, ofrecido á la más desolada de todas las mujeres, que el tributo de sincero reconocimiento que le es debido como á la más tierna y generosa de todas las madres. El misterio de su martirio, así considerado, es más bien el misterio de su valor, de su constancia y de su firmeza, que le dió el título de *Reina de los mártires*, que el de su generoso amor y su ardiente caridad, por el que mereció ser llamada *Madre de los hombres*.

Es necesario confesar que este misterio se trata generalmente de una manera demasiado humana, por lo cual

pierde mucho de su dignidad y su importancia. No se teme atribuir á María al pie de la Cruz sentimientos y afectos que pueden muy bien suponerse en el corazón de una madre que ve expirar á su hijo en medio de los más sangrientos ultrajes, pero que no son muy conformes al ministerio sublime de Corredentora del mundo, que María debía ejercer en el Calvario. Una pintura demasiado material de sus penas distrae el espíritu del espectáculo imponente, sobrenatural y divino que ofrece un corazón víctima de un dolor inmenso, y al mismo tiempo de un amor sin límites que, sumergido en un océano de aflicciones por la muerte de Jesucristo, lo ofrece, sin embargo, voluntariamente por la salvación de los hombres, y que entregado á la más acerba agonía, se muere, según la expresión de San Bernardo, en su Hijo y con su Hijo, y sufre este dolor, esta agonía y esta muerte con la dignidad, la sublimidad, la constancia y la grandeza de alma propias de una Madre que tiene á Dios por Hijo, del mismo modo que Jesucristo había sufrido los padecimientos, la agonía y la muerte con todos los caracteres de independencia, de poder y de grandeza propios de un Hijo que tiene por Padre á Dios.

De esta consideración, demasiado vaga, y, por decirlo así, demasiado superficial y demasiado humana, resulta que el título de Madre que damos á María, no le conviene sino en un sentido lato, en un sentido hiperbólico y figurado, y por una exageración de las palabras y de los términos que una devoción afectuosa, pero exagerada, hubiera inspirado á los fieles.

Sin embargo, la Escritura Sagrada, los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia nos enseñan lo contrario. Nosotros hemos emprendido esta obra para hacer conocer su doctrina sobre una materia tan importante y tan consoladora al mismo tiempo. Nuestro objeto es demostrar que María en el Calvario se hizo nuestra Madre con los mismos títulos, guardada la debida proporción, con que Dios es nuestro Padre y Jesucristo nuestro Hermano. Fundándose el misterio de la maternidad de María, con respecto á nos-

otros, en dos títulos principales, es decir, en la amorosa disposición de Jesucristo, que nos legó á María como por un testamento inestimable, y nos la dejó para que nos sirviese de Madre, y en la libre y generosa cooperación de María en este misterio que nos hizo renacer espiritualmente por el amor de Dios Padre, y por las llagas, la sangre y la muerte de Jesucristo, su Hijo, dividiremos por lo mismo este tratado en dos partes. En la primera explicaremos desde luego, en el sentido literal, estas palabras de Jesucristo en la cruz: *Mujer, he ahí tu hijo; he ahí tu Madre*. Después haremos ver la necesidad que hay de entenderlas en un sentido más elevado y más importante. Nosotros haremos ver la necesidad que teníamos, para nuestra salvación eterna, de una madre en el orden espiritual, y cómo al darnos el Señor á María, la suya propia, proveyó á esta necesidad. También hablaremos de la grandeza, del valor y de la importancia de tal legado, de los deberes que nos impone, de las esperanzas que nos hace concebir, del vínculo secreto que bajo un título tan dulce une el culto de María al espíritu de la verdadera religión, y forma uno de los caracteres propios de los verdaderos hijos de la Iglesia, á quienes ella distingue de los que están fuera de su seno, y, finalmente, del modo de tributarle este culto para obtener los beneficios que están unidos á El.

En la segunda parte trataremos de la conformidad perfecta de la voluntad de María á la de Dios Padre al darnos su Hijo común, y de su unión con Jesucristo en la expiación del pecado, por oposición á Eva, que se unió á Adán para cometerlo. Nosotros procuraremos en esta segunda parte sondear el abismo de los dolores que María sufrió en el Calvario para darnos á luz espiritualmente, y medir la grandeza y la generosidad de su sacrificio. También procuraremos introducir alguna variedad en un objeto tan grave, sirviéndonos para ello de algunos pasajes de los Libros Santos, susceptibles de ser aplicados á esta materia.

Por lo que respecta al uso de estos pasajes históricos, tomados en su mayor parte del Antiguo Testamento, lo

mismo que á las citas frecuentes de los Santos Padres y al estilo de este libro, remitimos al lector á las advertencias que hicimos en el prólogo del libro titulado *Las Bellezas de la fe*, del cual forma éste parte y es una continuación.

Hemos querido presentar á las almas piadosas una lectura útil y agradable, una instrucción sólida sobre uno de los misterios más tiernos del Calvario, una lectura capaz de reanimar la fe, de acrecentar la esperanza, de inflamar la caridad, de fortificar más y más el celo por la religión, de despertar en los corazones verdaderamente cristianos el sentimiento, cada vez más vivo, de un amor filial á María y de una tierna confianza en su maternal protección; pero de tal modo, que esta confianza y este amor, respecto á María, haga germinar y crecer la confianza y el amor respecto á Jesucristo, objeto esencial y regla absoluta de toda verdadera devoción.

¡ Augusta y santa Madre de Dios y Madre tierna de los hombres! dignaos echar una mirada de dulzura y de bondad sobre este escrito y honrarlo con vuestra maternal aceptación. El os es presentado por el más miserable de vuestros siervos, por el más indigno de vuestros hijos, el cual os lo ofrece y os lo consagra con todo su corazón, como un débil, pero sincero homenaje de su respeto y de su amor. Haced con la eficacia de vuestras preces llover sobre esta obra el rocío celestial, sin el que la palabra del escritor cristiano, lo mismo que la del Apóstol del Evangelio, queda estéril y sin fruto. Haced que las almas piadosas que lleguen á echar sobre ella una ojeada, crezcan cada vez más en amor hacia vuestra Persona, en confianza en vuestros auxilios y en celo por vuestro culto, y que crezcan al mismo tiempo en amor y en confianza hacia la Persona de vuestro Hijo y en celo por su culto. Conceded, sobre todo, al que ha escrito este libro, una parte de los frutos que ha querido proporcionar á los demás. Haced ¡ ay! que nada le impida participar de los méritos infinitos del misterio de la Cruz, en el que tuvisteis Vos una parte tan importante, y que reciba la única recompensa que espera de vuestra

clemencia y de vuestro amor; ésta consiste, ¡ oh Madre misericordiosa y fiel!, en que cumpláis en él vuestra palabra y le alcancéis la salvación eterna de su alma, como lo habéis prometido á los que ensalzan vuestros privilegios y glorifican vuestro nombre: *Qui elucidant me, vitam eternam habebunt.* (Eccli., xxiv, 31.)